

EL ESCÁNDALO DEL SIGLO

Gabriel García Márquez

PRÓLOGO

El mundo reconoce a Gabriel García Márquez como un novelista extraordinario: el amado creador del coronel Aureliano Buendía y de Macondo, del épico amor de Fermina Daza y Florentino Ariza, de la muerte de Santiago Nasar, y del colosal y solitario dictador en El otoño del patriarca. Por todo eso le concedieron en vida el máximo reconocimiento a un literato, el premio Nobel, y todo Hispanoamérica se regocijó al ver a «uno de los dieciséis hijos del telegrafista de Aracataca» en su ceremonia de aceptación ante los reyes de Suecia.

Gabo (nombre afectuoso con el que se le conoce en todo el mundo hispano) es conocido también como amigo y confidente de Fidel Castro y de Bill Clinton, así como de Cortázar, Fuentes y sus otros colegas del boom, además de marido de Mercedes Barcha y padre de dos hijos, Gonzalo y Rodrigo. A su muerte, acaecida en 2014, a los ochenta y siete años, todo el mundo acudió a su funeral, celebrado en el hermoso palacio de Bellas Artes de la capital de su país de residencia, México. Cuando Juan Manuel Santos, entonces presidente de Colombia, su tierra natal, dijo que era el mejor colombiano de todos los tiempos, nadie lo puso en duda.

Pero, aparte de todo esto, Gabo fue periodista; el periodismo fue en cierto modo su primer amor, y, como todos los primeros amores, el más duradero. Esta profesión le aportó el primer sustento como escritor, algo que él recordó siempre; su admiración por el periodismo llegó al punto de proclamar en alguna ocasión, con su característica generosidad, que era «el mejor oficio del mundo».

Esta hipérbole fue inspirada por un sentimiento de respeto y afecto hacia una profesión que hizo suya al mismo tiempo que daba los primeros pasos como escritor. En 1947, en su primer año en la Universidad Nacional de Bogotá, Gabo vio publicados sus primeros cuentos cortos en el diario El Espectador. Quería ser escritor, pero había ingresado en la facultad de Derecho para complacer a su padre.

La violencia política irrumpió bruscamente en la vida de Gabo en abril de 1948, cuando el asesinato del carismático líder liberal Jorge Eliécer Gaitán provocó varios días de revuelta popular. Durante la conmoción, recordada como «el Bogotazo», la residencia estudiantil de Gabo fue incendiada y la propia universidad fue cerrada sine die. Ese fue el comienzo de una guerra civil —denominada «La Violencia»— entre liberales y conservadores que duraría una década y costaría la vida a unas 200.000 personas.

Colombia nunca sería la misma, y tampoco la vida de Gabo. Para poder continuar sus estudios, se trasladó a Cartagena de Indias, se matriculó en la universidad y comenzó a colaborar en mayo de 1948 con el nuevo diario local, El Universal. Poco tiempo después, dejó los estudios para dedicarse plenamente a la escritura. Intentó ganarse la vida escribiendo artículos para El Heraldo de Barranquilla, ciudad adonde se mudó en 1950. Fueron años felices y formativos: rodeado de otros jóvenes

creadores —escritores, artistas, bohemios— que llegaron a ser grandes amigos y formaron el llamado «Grupo de Barranquilla». En esa época, Gabo vivía en un hotel de paso, firmaba una columna bajo el pseudónimo Septimus, y terminó su primera novela, *La hojarasca*.

Esta antología, tan bienvenida como necesaria, resalta el legado del periodista Gabriel García Márquez por medio de una selección de sus artículos publicados. Arranca con el joven y bohemio Gabo de la etapa costeña, que apenas despega como escritor, y sigue unos cuarenta años hasta mediados de los ochenta, siendo ya un autor maduro y consagrado. Esta antología nos revela un escritor de pluma amena en sus orígenes, bromista y desenfadado, cuyo periodismo es poco distinguible de su ficción. En «Tema para un tema», por ejemplo, escribe sobre la dificultad de encontrar un tema apropiado para empezar una nota. «Hay quienes convierten la falta de tema en tema para una nota periodística», dice, y, después de revisar un abanico de historias pintorescas que aparecen en los diarios —que la hija del dictador español Franco se casa y que el novio se llama «el Yernísimo», que unos chicos resultan quemados por jugar con platillos voladores—, deja claro que es posible escribir un artículo entretenido sobre nada en particular. En «Una equivocación explicable», Gabo narra cómo un hombre profundamente borracho se suicidó tirándose por la ventana de su hotel al ver pescados caer desde el cielo. Con el hecho consumado, el remate de Gabo tiene un tono gótico noir tipo Edgar Allan Poe que revela un periodista motivado sobre todo por el deseo de «echar un cuento bien contado», como él mismo solía decir con su estilo costeño: «Cali. Abril 18. Una extraordinaria sorpresa tuvieron en el día de hoy los habitantes de la capital del valle del Cauca, al observar en las calles centrales de la ciudad la presencia de centenares de pescaditos plateados, de cerca de dos pulgadas de longitud, que aparecieron regados por todas partes».

En 1954, Gabo regresó a Bogotá para trabajar en *El Espectador*, el mismo diario que había publicado sus primeros cuentos cortos. Empezó haciendo críticas de cine, y se dedicó al reportaje como enviado especial, pero también publicó notas de su interés —algunas recogidas en este volumen—, crónicas sobre leyendas populares de la costa, o reflexiones sobre acontecimientos que le intrigaban: en «Literaturismo», menciona un horripilante homicidio cometido en Antioquia. Con un tono de amonestación rebajado por su característico humor negro, Gabo anota: «La noticia no ha merecido —al cambio actual del peso periodístico— más de dos columnas en la página de las noticias departamentales. Es un hecho de sangre, como cualquiera. Con la diferencia de que en este tiempo no tiene nada de extraordinario, pues como noticia es demasiado corriente y como novela es demasiado truculento. Convendría recomendar un poco de discreción a la vida real». En otro artículo, «El cartero llama mil veces», Gabo vuelve a demostrar que es posible construir una noticia de la nada con una deliciosa crónica sobre la casita de Bogotá adonde van a parar las cartas que nunca llegan a su destino.

Durante su estancia en Bogotá, Gabo no tardó en consagrarse como cronista de renombre nacional con su dramática crónica serializada «Relato de un naufragio», publicada en 1955. Basada en entrevistas con Luis Alejandro Velasco, único superviviente del barco *ARC Caldas*, de la marina colombiana, que se había hundido a causa de una tormenta en su viaje de vuelta de Mobile, Alabama, la historia de Gabo fue todo un éxito. Publicada en catorce entregas, la serie rompió el récord de

ventas de El Espectador, al tiempo que suscitó un fuerte escándalo por lo que Gabo afirmaba allí: que el buque se había hundido a causa de la sobrecarga derivada del contrabando subido a bordo por oficiales y tripulación; el resultado fue que el editor, para alejar a Gabo del ojo del huracán, lo envió a Europa. Era la primera vez que Gabo salía de Colombia.

En los dos años y medio que pasó en Europa, moviéndose como corresponsal itinerante del El Espectador por París, Italia, Viena e incluso los países de Europa oriental, al otro lado del Telón de Acero, Gabo escribió una serie de crónicas acerca de todo lo que le parecía digno de interés, desde una cumbre política de alto nivel en Ginebra hasta las supuestas trifulcas entre dos célebres actrices del cine italiano o la neblina de Londres. Su prosa era fresca, y sus crónicas siempre agudas y cargadas de ironía; era un gran «mamador de gallo», como dicen de los bromistas en Colombia, y la cohorte de fieles seguidores adquirida gracias a «Relato de un naufrago» estaba dispuesta a leer cualquier cosa que saliese de su pluma.

En uno de sus trabajos europeos, «S.S. se va de vacaciones», Gabo se explaya sobre el recorrido habitual del Papa desde el Vaticano hasta su palacio de Castelgandolfo, a las afueras de Roma. Planteando la escena como un guionista de cine, Gabo escribió: «El Papa se fue de vacaciones. Esta tarde, a las cinco en punto